

Costa y los escritores aragoneses de su tiempo

por JOSÉ LUIS CALVO CARILLA

Viernes 25 de febrero a las 19,30 h

en la Sala Costa

del Centro Aragonés de Barcelona

Joaquín Costa, 68



COSTA Y ALGUNOS NARRADORES ARAGONESES DE SU TIEMPO: GARCÍA MERCADAL, UN NOVELISTA JUSTICIERO

JOSÉ LUIS CALVO CARILLA

A pesar de la admiración y de las simpatías que despertaba, Joaquín Costa fue un intelectual solitario. Tuvo relaciones epistolares esporádicas con intelectuales y políticos de la época pero, por diversas razones, fueron puramente coyunturales.¹ Baroja, por ejemplo, confesaba sentir cierta admiración distante por el que consideraba entre los tipos de histrión que suelen darse siempre en los países meridionales y le complacía su capacidad para arrastrar multitudes, «aunque a veces las tratara a zapatazos». En otra de sus vacuas generalizaciones aludía a su pasión autoritaria, fenómeno tampoco infrecuente en una España en la que todo el mundo se sentía un dictador («Hay que ver la soberbia de un tabernero convertido en agente de policía para comprenderlo. Aquí el guarda de un jardín es tan déspota como un zar, un portero se da más tono que el propietario, un cocinero de casa grande le mira a uno por encima del hombro y, si a mano viene su señor, saluda con finura; al director de un periódico de importancia no se le puede comparar más que con Dios»). En opuesto extremo en punto a repentinas adhesiones debe recordarse a Ramiro de Maeztu, quien en 1898 había visitado a Costa en su casa para «sufrir en silencio los mismos desfallecimientos de tan enorme corazón». Se había conmovido cuando le escuchaba oponer la tristeza pasajera del vencido a la «íntima y permanente tristeza española» de la tierra yerma, sin agua y abandonada... Fruto de su devoción costista fue una instructiva cartilla —*Debemos a Costa*— en la que enumeró un buen número de débitos generacionales.²

Otro cantar fue la influencia de su hercúlea figura, que pronto encabezó las protestas colectivas hasta el punto de convertirse en el corazón visible del senti-

.....
¹ Cfr. el orientador panorama que ofrece el ya clásico estudio de Rafael Pérez de la Dehesa, *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966.

² Cfr. otros ejemplos en mi libro *La cara oculta del 98. Místicos e intelectuales en la España de fin de siglo (1895-1902)*, Madrid, Cátedra, 1998.

miento regeneracionista que amplificaría sus latidos a todo lo largo y ancho del territorio nacional. La novela del fin de siglo —y, de modo especial, la escrita por sus paisanos— hizo causa propia del debate regeneracionista y, por regla general, observó una atención preferente hacia las ideas de Costa. En *Los cachorros del León* (1912), novela de José García Mercadal de la que paso a ocuparme en la segunda parte de este artículo, la figura del «Grande Hombre» de Graus —modo como también se aludía a Costa, cuya estatura de ser superior representó para muchos de sus contemporáneos la reencarnación del superhombre nietzscheano— llegará a cobrar caracteres épicos encarnado en Juan Corazón, nombre fácilmente reconocible que, si por una parte reúne las cualidades legendarias de las narraciones infantiles sobre el príncipe inglés Ricardo, por otra constituye una metonimia de su gigantesca y humana capacidad de bombeo de la energía nacional.

El regeneracionismo fue tal vez la manifestación sociológica más visible de la Restauración, un tiempo político que había sellado definitivamente el fracaso de los ideales revolucionarios que habían inspirado la Primera República. Las humaredas de la última guerra carlista y, tres años después, la firma de la Paz de Zanjón (1878) clausuraron también las incertidumbres y los bandazos políticos que habían zarandeado a la nación en su travesía por las agitadas aguas del siglo XIX. Con la paz llegaría la prosperidad, la «fiebre del oro», el ferrocarril y las inversiones extranjeras en Bolsa.

Bien conocido es que el progreso económico generado por la Restauración benefició a los grandes industriales y terratenientes, pero dejó fuera del reparto a grandes sectores del país: el campesinado, las clases medias y, sobre todo, los pequeños propietarios agrícolas, quedaban al margen del progreso y de la bonanza económica. De esa situación arrancan los primeros lamentos y condenas y las primeras propuestas de regeneración nacional, que surgieron desde todos los puntos de España. Los «males de la Patria», que en 1890 tenía ya claramente analizados el ingeniero oscense Lucas Mallada y Pueyo, desencadenaron un continuado goteo de diagnósticos y de propuestas arbitristas de urgencia desde la cátedra, el libro, el periódico o la tribuna ateneística. Coincidían en la denuncia de una España ordenancista, de caciques y pucherazo electoral, de instituciones y administración corruptas, de hambre y miseria colectivas... Las manifestaciones de victimismo alcanzaron su cota de mayor intensidad en los años posteriores al Desastre del 98.

Pese a que la proliferación y el recurrente manoseo de unos mismos lugares comunes llegaron al extremo de convertirse con el tiempo en materia de chistes, parodias y caricaturas, el regeneracionismo constituyó un auténtico fenómeno sociológico de época. Estaba sucediendo por las mismas fechas en la sociedad francesa en las páginas de *L'Aurore* y en otros periódicos franceses donde, a

propósito del conocido como «*affaire Dreyfus*», distintos grupos de presión de profesiones liberales, comerciantes, profesores y otros colectivos profesionales, se constituyeron en avanzada de la vida nacional y firmaron manifiestos bajo el nombre colectivo de «Los intelectuales». También el movimiento regeneracionista estaba formado por personas de las más diversas procedencias, generalmente sin militancia política conocida y con deseos de buscar al margen de ella las soluciones quirúrgicas a las enfermedades que estaba padeciendo el cuerpo nacional.

La política centralista había hecho sus víctimas en las regiones, y una de las más afectadas era Aragón.³ De ahí que la patria del Grande Hombre, el más eminente de todos los regeneracionistas, proporcionara una buena hornada de regeneradores.

REGENERACIONISMO Y NOVELA EN ARAGÓN

Suele denominarse «novela regeneracionista» a un grupo de obras publicadas en la última década del siglo XIX que reflejan especialmente los problemas nacionales y arbitran soluciones para su remedio.⁴ Aunque en última instancia sean, pura y simplemente, novelas «de tesis» o «de tendencia» (como eran conocidas en la época): novelas militantes o de ideas al servicio de una determinada ideología, a cuya defensa subordina el novelista el mundo novelesco, los personajes y los sucesos y lances folletinescos que acaecen. De ahí que el interés de estos textos no radica tanto en sus rudimentarios valores literarios, como en su función de complementar los ensayos regeneracionistas con casos que los ilustren.

El propio Costa intentó desde 1870 plasmar literariamente sus ideas en un discurso novelístico para uso propio que no logró pasar de la recopilación de materiales y de un centón de anotaciones con voluntad de señalar nuevos espacios para su utopía reformista. Incluso, en opinión de los estudiosos, y especialmente de su editor y prologuista, está también incompleta su única novela publicada, *Último día del paganismo y primero... de lo mismo. (Narración histórica del siglo IV, y argumento para un drama del siglo XX)*, que vio la luz una vez muerto su autor, aunque este ya había publicado en 1910 algunos fragmentos en *La España Moderna*.⁵ Las restantes muestras de la narrativa costiana son: *Justo de Valdediós* (siete cuadernos manuscritos fechados entre 1874 y 1883), y los seis

³ Cfr. la síntesis de Eloy Fernández Clemente, «El regeneracionismo aragonés en el entorno de Costa», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 15, 1998, pp. 21-36.

⁴ El término lo acuñó por vez primera Leonardo Romero Tobar en *Estudios sobre la novela española del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1977. También en *La novela aragonesa en el siglo XIX*, Zaragoza, Guara, 1985, libro que publiqué en coautoría con Rosa María Andrés Alonso.

⁵ *Último día del paganismo y primero de... lo mismo. (Narración histórica del siglo IV, y argumento para un drama del siglo xx)*. *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Costa, XIV, 1917.

cuadernos de las *Novelas Nacionales*, que empezó a proyectar, según su propio testimonio, en 1874.⁶

EL PARADIGMA: *LA LEY DEL EMBUDO* (1897), DE PASCUAL QUERAL Y FORMIGALES

Por su parte, el notario oscense Pascual Queral y Formigales (Bossots, Lérida, 1848-Huesca, 1898) traza una cruda disección del caciquismo oscense en la novela *La ley del embudo* (1897). En ella presenta el caciquismo como la causa de todos los males de España, representados simbólicamente por los desiguales extremos de ese *embudo* que da título a la novela («La ley era una misma para todos, pero con la unidad del embudo, que le permitía obsequiar con la parte ancha a los unos, y oprimir con la estrecha a los demás»).

Queral era una persona cercana a Costa, quien le escribió un elocuente prólogo para *La ley del embudo*, novela que veía como una buena divulgación literaria de sus ideas regeneradoras. En este sentido, el notario oscense deslindaba claramente su propósito: «Nosotros no estudiamos el adulterio, estudiamos el caciquismo [...]. Es preciso llamar a los genios para que estudien en el fondo de esa cloaca de nuestra civilización, donde está el germen, tal vez, de nuestra decadencia y ruina, de casi todos los vicios sociales.

Lo indudable por evidente es que si no los germina, los utiliza siempre, y a menudo los fomenta, pues la acción del caciquismo es por naturaleza corruptora. [...] el cacique sugestiona todo un pueblo, pervierte a toda una generación, corrompe a toda una raza.

Vuelva, el que lo dude, los ojos en torno a lo actual.

Tratemos nosotros del mal grande y dejemos el pequeño por secundario.⁷

La historia de *La ley del embudo* está ambientada en la ciudad de Infundia, capital de los más de cien pueblos que componen Hectópolis.⁸

El tiempo histórico de la novela se sitúa en vísperas de la Gloriosa, «en la fiesta del Santo Patrono, en el año de gracia de 186..., en cuyo día y año nos hallamos». [1866-1873] Arranca de los albores de la Revolución y abarca casi todo

⁶ Soter y otros proyectos narrativos costianos fueron revisados por Agustín Sánchez Vidal en *Las novelas de Joaquín Costa, I. Justo de Valdediós*, Zaragoza, Departamento de Literatura Española, 1981. Una visión panorámica se encuentra en «Una patria de tinta: el legado novelístico de Joaquín Costa», en *El legado de Costa*, Zaragoza, Ministerio de Cultura-Diputación General de Aragón, 1984, pp. 29-67.

⁷ *La ley del embudo*. Prólogo de J. Costa, Zaragoza, Imprenta de Comas hermanos, 1897. Existe una edición moderna al cuidado de Juan Carlos Ara Torralba, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1994.

⁸ Cfr. como contexto Carmen Frías Corredor y Miriam Trisan Casals, *El caciquismo altoaragonés durante la Restauración*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1987.

el periodo revolucionario. Será en estos críticos años en los que Queral sitúa los males de la nación, y, en especial, el caciquismo.

Tras una visión panorámica de las masas durante la inauguración del ferrocarril (capítulo I), el capítulo II introduce ya en la historia de dos hermanos, el valetudinario Wenceslao y el futuro cacique Gustito [contrafigura de Manuel Camo] («... ambos tenían en común la herencia de una raquitis congénita como últimos frutos de razas decadentes...»).

Dicha «raquitis congénita» es superada por los dos hermanos de muy diversa manera: Wenceslao, postrado toda su vida en una silla, devorará todos los libros a su alcance y llegará a poseer una excelente formación intelectual y moral, aunque sin expectativas de ser llevada a la práctica en la brega política regional. Frente a su hermano —en el que podría descubrirse la insuficiencia de los postulados éticos de los krausistas—, Gustito será un mal estudiante y un ejemplo de aquellos arribistas sin escrúpulos que se subieron al carro de la Revolución y siguieron medrando políticamente independientemente del color político de sus inquebrantables adhesiones: sus camaleónicas actuaciones políticas le hacen arrimarse primero y desembarazarse después del Marqués de Guatizulima, santón del moderantismo, y de don Mamerto Garibay, centro y eje de la política liberal de la región, para fundar su propio grupo, el partido Tabernaculista, organizado apresuradamente con los más asiduos visitantes... ¡de una taberna! Alcanza pronto la alcaldía de la ciudad y posteriormente la presidencia de la diputación. Su insaciable ambición le lleva finalmente a colocarse al abrigo del influyente político liberal D. M. [Emilio Castelar].

Las dificultades para el jefe del partido Tabernaculista comienzan con la llegada a Infundia de Gonzalo, joven catedrático del instituto que, despechado por un desaire de Gustito, se decidirá a hacerle frente: funda la Liga Emancipadora y su órgano de expresión bate en todos los frentes al tabernaculista *El Chiflete*. Los de la Liga ganarán las elecciones, pero el consabido pucherazo caciquil les hace perder las provinciales.

La rivalidad política surgida entre los dos líderes provinciales se complica con la sentimental, y Gustito, que había planeado asesinar a Gonzalo, morirá a manos de este al ser sorprendido cuando intentaba violar a su ahijada y modélica Amparito, con quien el catedrático huirá al extranjero.

Queral se propone ejemplificar los males del caciquismo como raíz de la decadencia de Infundia, microcosmos de resonancias galdosianas:

Infundia es una ciudad imaginaria que supondremos en cualquier región de la Península, porque nos expresamos en idioma castellano; pero no hay dificultad en generalizar [...]. Infundia no es grande ni pequeña, elegimos el tipo medio; una especie de Orbajosa, ampliada con Gobierno civil y militar y los elementos que indispensablemente traen aquellos consigo; donde la vida se arrastra lánguida entre

la estrechez y el aburrimiento, y donde, quien siente en su mente una chispa del fuego sagrado, si no lo apaga pronto, será un Prometeo, que además dará con las narices en el horizonte, limitado por el *lasciate ogni speranza* de la preocupación y la rutina.

La vida de Infundia, expresivamente simbolizada por su periódico *El Sopor*, era incomparablemente mejor antes del paso por ella del cacique Gustito («en una palabra, que en la Infundia de antaño no se vivía como en la edad de oro; pero se vivía bien»).

La ley del embudo es una *novela en clave* en la que los nombres sirven como tarjeta de presentación de los personajes y están sometidos al mismo alegorismo descriptivo que los espacios. Esta esquemática presentación funciona como técnica enaltecedora o degradadora. Así, en Wenceslao, el culto, bueno y sensible hermano de Gustito, nos parece ver la representación de la cultura alemana; Gustito, diminutivo de Augusto, le sirve a Queral para proceder a una constante ridiculización de su bajeza y pequeñez moral; Gonzalo Espartaco, el catedrático de segunda enseñanza, es el único que puede liberar al pueblo de la esclavitud del cacique. Esta nominación simbólica afecta al resto de los personajes de la novela, en una satírica degradación que llega con frecuencia a la caricatura animalizadora: por ejemplo, los concejales están vistos como recua de asnos y piara de cerdos.⁹

Queral carga las tintas en estas denominaciones despectivas, las cuales se extienden a la mitad del universo narrativo de su obra: los pseudo-liberales [posibilistas] son «chupópteros» y «parasitistas»; el cenáculo de estos tabernaculistas de Infundia —infundibiliformes infundiosos de infundíbulo— recibe los sucesivos nombres de «Spoliarium», «Meca del Parasitismo», «La Clínica», «El Mentidero» y «El Vomitorio»...

El autor es un incansable creador de palabras, dada la insuficiencia del vocabulario habitual para expresar su indignación: los parasitistas forman «La Asociación del Bombo Mutuo»; a Infundia, «oligórrida o pilliarquía pudiéramos llamarla, si nos atreviéramos a inventar neologismos».

⁹ Don Melitón Morralón, Excmo. Brigadier, «veterano que había hecho ambas campañas civiles, que, con su estatura descomunal, su bigotazo a la borgoñesa, sus cejas como felpudos, su vozarrón de bajo profundo que ahuecaba, sus maneras todas de soldado aguerrido y su aspecto feroz, realizaba el tipo soñado por nodrizas y niñeras para espantar a los chicos», pero «el atrofiamiento de su virilidad», su blandura y candidez infantil, le hacen incapaz de reprimir los desórdenes callejeros; el Excmo. Sr. D. Emeterio Gorgias y Júpiter de Filón, una de las primeras eminencias; Juanito Macarrón, pedante licenciado; Juan Pajecillo, servil correveidile; don Diego Palmeta, maestro; Rudesindo Brutaña, lugarteniente caciquil; Frutos Membrillo, el jefe de los eunucos; Gil Dedalillo, insignificante y mezquino sastre; Vicente Melaza, confitero; Juana Berrinches, hombruna reaccionaria, «no es Juana de Arco, sino Juana de Asco»; doña Pura Placenta, comadre acreditadísima, en realidad es doña Impura; don Eleuterio Birrete, conspicuo abogado; Diego Pucherilla, cacique... Personajillos todos que constituyen la nómina de tabernacularios y afines.

Un universo apriorísticamente escindido en buenos y malos tiene que plasarse necesariamente en la caracterización de los personajes. Del principal causante de la ruina material y moral de Infundia, el cacique Gustito, entresacamos los siguientes rasgos caracterizadores, sin ánimo de ser exhaustivos: raquíptico física y moralmente; irreflexivo, maquiavélico, afeminado, parásito; cobarde en todas las ocasiones; grosero; de pasiones mezquinas; casado con una escultura de carne, viuda de dudosa moralidad; eunuco gallináceo con las mujeres; pobre de ingenio y exhausto de ideas; violador; arribista y traidor a sus protectores políticos y otras lindezas de similar calibre.

El novelista se sirve de la figura del todopoderoso y repelente Gustito (donde hay que ver la figura del político liberal Manuel Camo) y sus secuaces —una verdadera fauna corrupta y desalmada— para desenmascarar el mal nacional del caciquismo y sus perversidades, personificadas en los caciques y políticos de provincia.

En el lado opuesto, en el de los «buenos» de la novela, se encuentran de nuevo varios personajes en clave, todos ellos de una gran nobleza y rectitud.¹⁰ Las situaciones se corresponden con este dualismo moral que se viene señalando, hasta rayar con frecuencia en lo melodramático, lo grotesco o lo truculento.

LA «CONTRANOVELA» DE LUIS LÓPEZ ALLUÉ: *CAPULETOS Y MONTESCOS* (1900)

Luis López Allué (Barluenga, Huesca, 1861-Huesca, 1928) fue precoz en la literatura y en la política.¹¹ Militante temprano encuadrado en el Partido Republicano Posibilista del también castelarino oscense Manuel Camo (el Gustito de *La ley del embudo*),¹² llegó a batirse en duelo con Queral y Formigales para defender a su jefe de filas de la demoledora sátira del notario oscense. Pero fue más eficaz con su contranovela *Capuletos y Montescos* (1900), publicada para neutralizar los estragos que podía causar en su partido la novela de Queral.

Y, al parecer, lo consiguió en una buena medida: casi nadie se acuerda hoy de la novela de Queral, mientras que *Capuletos y Montescos* pasó a convertirse

¹⁰ Entre todos ellos sobresale Joaquín Costa bajo la figura del tribuno Ricardo Atienza (noble hombre del campo). De sus virtudes morales participan también el apuesto catedrático Gonzalo Espartaco («tan versado en filosofía teórica y tan filósofo práctico»); Quintana (ilustre prócer retirado), la encantadora y dulce Amparito o el valetudinario Wenceslao.

¹¹ López Allué fue concejal del Ayuntamiento de Huesca con apenas 20 años. Director del *Diario de Huesca*, en el que se prodigó en millares de artículos, cultivó también con cierta ambición la novela corta y el cuento y, con fortuna menor, la poesía y el teatro. Sus *Obras completas*, así como algunos libros aislados vienen gozando periódicamente de los honores de la reedición.

¹² Este conocido político y cacique aragonés (1841-1911), satirizado por Valle-Inclán como «una gloria nacional de Huesca», fue seguidor de Emilio Castelar, para quien consiguió la representación del distrito electoral de Huesca durante dieciocho años consecutivos, desde 1881 a 1898.

en una novela popular. Hoy se conoce, por ejemplo, gracias al estudio introductorio de la citada edición de Ara Torralba, que en los carnavales de Huesca celebrados en 1901 desfilaron las figuras de los principales personajes de la novela de López Allué.

Aunque los caciques del escritor y cacique Luis López Allué limitan su influencia al imaginario pueblecito oscense de Escuarve,¹³ la historia de la atávica rivalidad de dos poderosas familias narrada en *Capuletos y Montescos* (1900) denuncia en última instancia la repercusión de las últimas ramificaciones de la corrupción política vigente en el idílico campesinado oscense.

Con todo, y pese a ser otra novela de los «males de la Patria» al uso, el autor, cacique él mismo, se vio seducido por las resonancias shakespearianas de los enemistados personajes que protagonizan su novela, hasta el punto de que, mientras su *tesis* pierde consistencia a medida que avanza la novela (pues, en realidad, este «Pereda menor» comprende y justifica el caciquismo como último eslabón y mal necesario derivado del olvido en que el centralismo madrileño tiene sumida a la periferia de la nación), este «relajamiento» del adoctrinamiento ideológico deja el campo libre a un ejercicio literario cuya ambigüedad resulta beneficiosa para la plasmación artística de su idílico universo narrativo.

Mariano Turmo —autor de *Miguelón* (1904), aparecida por entregas en la segunda *Revista de Aragón*— contribuyó también al regeneracionismo con *Un drama en Antigua*,¹⁴ novela urbana en la que la llegada de una misteriosa mujer altera la vida ciudadana y desenmascara la hipocresía y la crueldad de sus reaccionarios y falsamente ejemplares gobernantes en una Zaragoza burguesa invadida por la especulación y la fiebre constructora.

El abogado y periodista zaragozano José María Matheu Aybar (Zaragoza, 1845-Madrid, 1929) colaboró en la primera *Revista de Aragón* y en varios periódicos zaragozanos antes de integrarse en la vida literaria madrileña. Fue autor de una veintena de novelas y de varios volúmenes de cuentos que le granjearon el reconocimiento de los círculos literarios madrileños. Entre las mejores figuran *Jaque a la Reina* (1889), *El Santo Patrono* (1890), *Marrodán primero* (1897) o *Aprendizaje* (1904).

El Pedroso y el Templao (1905) es una novela de la vida rural aragonesa. Se trata de una parábola con la que Matheu pone en pie otra de sus lecciones mo-

¹³ Nombre tomado del topónimo situado entre el término municipal de Barluenga y el de San Julián de Banzo donde tenía importantes fincas. *Capuletos y Montescos: novela de costumbres aragonesas* apareció en 1900, sin año y sin pie de imprenta. Un «Juicio crítico de D. Mariano de Cavia» presentó la segunda edición de 1915 en Zaragoza en la Tipografía de A. Sanz, Sucesor de J. Sanz. Al margen de sus sucesivas reediciones en las *Obras completas* del escritor, existe una edición accesible en la editorial oscense La Val de Onsera (1993).

¹⁴ Barcelona, «La Vida Literaria», Guarner, Taberner y Cía Editores, s. a. [1903].

rales de valor nacional: la crítica del cainismo. Pascual («El Pedroso») y Aurelio («El Templo») y sus respectivas mujeres viven enemistados en un pueblecito aragonés. La causa de esta enemistad es la envidia. Tras un creciente enfrentamiento, el duelo en un descampado acaba con la vida de «El Templo», hecho que comenta así el autor:

Para este pueblo inculto, amatonado, de cuchillo en el cinto, que se mataba tan estúpidamente, no debía tener la vida significación, ni precio, ni valor de ningún género; para este pueblo de una vanidad tan inmensa como su inercia espiritual que habría de asombrar al verdadero hombre de Estado, no existía otra mayor representación del supremo poder que esa lucha brutal de los malos instintos contra toda razón, toda ley y toda soberanía.

La misma historia cainita se repetiría unos años más tarde: «El Pedroso» sucumbiría a manos del hijo de «El Templo» y la tragedia marcará las vidas de las futuras generaciones.

EL REGENERACIONISMO MÁS CONSERVADOR

Por distintos caminos, el pensamiento regeneracionista se extendió a los intelectuales aragoneses de todas las tendencias ideológicas, quienes asumieron y exteriorizaron en mayor o menor grado sus protestas anticentralistas y de autoestima regional.

Este regeneracionismo difuso contagió también a los novelistas más conservadores. Narrador regeneracionista fue Valentín Gómez (Pedrola, 1843-Calatayud, 1907), autor de un elogio sentimental del caciquismo titulado *El señor de Calcena* (1890), novela de tesis en la que el personaje central, D. Estanislao Sánchez de Calcena, persona escéptica en materia religiosa y de anterior vida disipada, emprende un largo proceso de regeneración mediante dos guías de excepción. La sabiduría del doctor y la fragante espiritualidad de su angelical sobrina Carmen hacen el milagro: de estar las posesiones del de Calcena abandonadas, se pasa a la restauración de la casa y a «alterar el pacífico *far niente* y holgazanería de todos los servidores». Tras un aparatoso fondo folletinesco, la novela acaba con la esperada boda («La granja de Calcena es una granja modelo. El señor de Calcena ha llegado... ¡horror!, hasta a ayudar a misa a su capellán»). La novela defiende esta inofensiva e idílica «regeneración» como remedio a los males de la Patria y a la perversión política, que ve encarnada en «ese temible y poderoso enemigo que es el socialismo que surge».

El maurista Rafael Pamplona, futuro alcalde de Zaragoza, se haría pronto con el control de todos los órganos de poder regional desde la Alcaldía al consejo de gobierno de la Caja de Ahorros de Zaragoza; desde la Cooperativa «San Antonio» de casas baratas al «Bazar del Hogar Modesto». Y, para completar su labor paterna-

lista, se dedicó en sus anacrónicas y tendenciosas novelas, a arrojar disolvente a granel para limpiar las manchas de las ideas políticas de los obreros, a defender el paternalismo de los «caciques buenos», a abominar del regeneracionismo de Costa y a promover el «sano aragonésismo» que alumbraban manifestaciones literarias tan saludables como el baturrismo.¹⁵

Con un criterio amplio podría incluirse en este capítulo a otros novelistas, como el carlista conquinense Manuel Polo y Peirolón (Cañete, Cuenca, 1846-Valencia, 1918) enamorado de las tierras turolenses¹⁶ o al conservador abogado y alcalde bilbilitano Juan Blas y Ubide (1852-1923), autor de dos novelas de costumbres *Sarica la borda* (1904) y *El licenciado de Escobar* (1905). Ambas están ambientadas en las topografías alegóricas de «Cerrillares» y «Escobar», microcosmos rurales que, como Maluenda y otros pueblos próximos a Calatayud, surtieron de personajes sus novelas y de clientela a su bufete de abogado. La más «regeneracionista» de las dos, *El licenciado de Escobar*, es una didáctica fábula protagonizada por Felipe Marta, abogado y ganapán sin oficio ni beneficio, quien, después de una vida disipada, será redimido finalmente por el trabajo de la tierra, con el premio añadido del amor de Lolica, antigua novia zaragozana en envidiable posición económica.

JOSÉ GARCÍA MERCADAL, UN REGENERACIONISTA JUSTICIERO

Una perspectiva combativa similar a la de Queral o a la de Manuel Bescós Almodévar (Escanilla, 1866-Huesca, 1928), ácido narrador y poeta que tomó el expresivo nombre de batalla de «Silvio Kossti», la representa el joven abogado y escritor zaragozano José García Mercadal (1883-1976), autor de *Los cachorros del León* (1912), apasionada novela escrita al calor de la amistad y la veneración que profesaba al Grande Hombre de Graus.¹⁷

El periodismo marcó los comienzos de su dedicación a las letras. A través de la plataforma de la prensa, quien ya había dado tempranas muestras de su pluma

¹⁵ Algunas de estas novelas son *El asalto al fuerte Aventín* (1912), *Don Martín el Humano* (1918), *El cura de misa y olla* (s. a.), *El charlatán político* (1924), *Los amarillos* (1922), *El camino de los ciegos* (s. a.), *La ciudad dada al diablo* (1926), *La nueva era. Los pueblos dormidos* (s. a.) y *La tierra prometida* (s. a.).

¹⁶ Prolífico novelista que encontró siempre en Menéndez Pelayo a su prologuista de cabecera, en presentaciones en las que el sabio santanderino bendecía su reaccionarismo y su ubicación militante a espaldas del progreso científico, social y político. Sus novelas pretendieron convertirse en antídotos contra las modernas plagas del naturalismo, el liberalismo, el divorcio o el darwinismo. En algunas de ellas idealizó el paisaje turolense, con sus costumbres, folclore y tradiciones, en cuadritos de cuño peredista: *Los mayos. Novela de costumbres populares de la sierra de Albarracín* (1878), *Sacramento y concubinato. Novela de costumbres aragonesas* (1884) o *Pacorro* (1905), subtitulada «novela de costumbres serranas», también ambientada en tierras turolenses.

¹⁷ Madrid, Librería de Francisco Beltrán, 1912.

en la serie de ágiles crónicas urbanas «Guía del viajero en tranvía» (recogidas en 1908 bajo el título de *Zaragoza en tranvía*),¹⁸ hizo pública su temprana profesión de fe regeneracionista, que comenzó con la fundación y dirección de *La Revista Aragonesa* (1907-1908) —nacida al calor de la Exposición Hispano-Francesa de ese último año—, y siguió con *La Correspondencia de Aragón* (1910) y el semanario *Aragón* (1912), germen y plataforma de un regionalismo conservador que maduró en las páginas de *La Crónica*, la cual fundó en 1912 y dirigió hasta 1916. De la fe costista que guió siempre su aragonesismo da cuenta la cartilla costista que constituyó la base de una conferencia impartida en 1913 a los dependientes de los diversos gremios de la ciudad de Zaragoza, así como el popular *Ideario Español*. Costa, antología de 1919 varias veces reeditada.¹⁹

Me limitaré aquí a considerar una obra única en su género: *Los cachorros del León* (1912), novela-reportaje en clave redactada desde la necesidad testimonial de quien acompañó los últimos estertores de Joaquín Costa y fue testigo de las idas y venidas de los caciques y políticos gubernamentales disputándose los despojos aún calientes del León de Graus. Una hábil operación política facilitó el que los zaragozanos asaltaran el tren que llevaba el féretro a Madrid y que, finalmente, contra la voluntad de la familia, los restos de Costa fueran inhumados en Zaragoza. Pero el olvido de la vida y la obra del superhombre, simbolizado en el abandono en que permanecía su tumba, pondrá en pie a un nutrido grupo de indignados jóvenes grausinos («descendientes de los almogávares», «ejemplares magníficos de la raza») quienes, con motivo de la tercera conmemoración de la muerte de Costa, viajan a Zaragoza capitaneados por Silvio Kossti, destrozan con sus estacas el raquíptico mausoleo dedicado a Costa y descalabran las cabezas y muelen los costillares de la politiquería regional, la cual, ante tan inesperada lluvia de golpes, huye atropelladamente del cementerio.

En realidad, el desenlace no fue así. La pasión costista del joven Mercadal le llevó a escribir la crónica de un sueño con final feliz, aunque nunca lo llegara a ver realizado. Pero la ficción de *Los cachorros del León* es un «relato real» que apenas se aparta de la versión de los acontecimientos que podían leerse en la prensa diaria. Así, el día 9 de febrero de 1911, al dar noticia del fallecimiento de Costa, acaecido en la madrugada del día anterior, el *Heraldo de Aragón* anunciaba ya que, por deseo de la familia, su cadáver sería inhumado en Madrid, donde Canalejas se había comprometido a que el sepelio estuviera revestido de «grandiosos caracteres de homenaje». Como sostenían también desde Moret y Romanones a Marcelino Menéndez Pelayo, la significación nacional del León de Graus

¹⁸ Reeditado facsimilarmente por la Diputación Provincial de Zaragoza en 1985.

¹⁹ Sobre García Mercadal, véanse, entre otros, mi libro *El modernismo literario en Aragón*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1989, pp. 141-144; José Luis Melero Rivas, «Un gran aragonesista olvidado: José García Mercadal», *Ebro*, 3 (2003), pp. 101-111; Juan Domínguez Lasierra, «José García Mercadal (1883-1975): Escritor, periodista, editor, traductor: grafómano», *Turia*, 79 (2006), pp. 167-189.

requería ese reconocimiento multitudinario y el entierro de sus restos mortales en el Panteón de Hombres Ilustres de la nación.²⁰ También los círculos republicanos de todo el país comenzaron a organizarse para homenajearle.

La reacción de las fuerzas vivas zaragozanas no se hizo esperar y, como se indica en la novela, ese mismo día Basilio Paraíso, Presidente de la Cámara de Comercio, y los periodistas Tomás Romero y Antonio Mompeón Motos, gerente este último del *Heraldo de Aragón*, se desplazaron a Graus para conseguir la aprobación del hermano del ilustre finado. La negativa de Tomás Costa a Paraíso no fue obstáculo para que en los días sucesivos el *Heraldo* orquestara una campaña propagandística con el objeto de que la idea arraigara en las capas populares de la ciudad del Ebro. «Zaragoza quiere ser la depositaria del cadáver» fue el eslogan más repetido. Varios intelectuales influyentes —Cambó, Azorín, Ramón y Cajal, Echegaray, Maeztu, Dicenta, entre otros— unieron sus firmas a los argumentos del diario regional y, desde la Presidencia del Gobierno, las reticencias de Canalejas favorecieron que los restos mortales no pasaran de la estación del Norte y fueran inhumados en el cementerio de Torrero.²¹

Pero si la crónica del entierro narrada por García Mercadal reproduce con fidelidad los acontecimientos de aquellos días de luto nacional, las páginas finales constituyen un acto de «justicia política» o, al menos, un desahogo del novelista ante el olvido del Maestro y ante el abandono y la desidia colectiva en la que permanecía su tumba. A los pocos meses de su muerte, ya nadie se acordaba del utópico y colosal proyecto de Mariano de Cavia, consistente en tallar en el Moncayo su profética cabeza en tamaño colosal para que pudiera verse desde todos los puntos de Aragón.²² De ahí que un virulento artículo del *Heraldo*, aparecido el 14 de diciembre de 1911 («La sombra de Costa y la vergüenza de Zaragoza»), recriminara a la Junta Municipal responsable de la erección del mausoleo a Costa su apatía y su nula voluntad de contribuir a honrar su memoria. Cuatro días

²⁰ Aunque Menéndez Pelayo dejó constancia de las «distancias insalvables que los separaban de aquel energúmeno que insultó a los españoles de ahora y a los españoles que fueron, perdiendo en sus juicios la serenidad de ánimo a impulso del apasionamiento sectario» (*Heraldo de Aragón*, 9-XI-1911).

²¹ G. J. G. Cheyne, quien apenas alude a la muerte de Costa en su libro *Joaquín Costa, el gran desconocido*. (Prólogo de J. Fontana y epílogo de E. Fernández Clemente, Barcelona, Ariel, 2011), recoge una carta de José Valenzuela la Rosa al doctor José Chabás que contribuye a clarificar los entresijos de este episodio en la línea denunciada por el joven Mercadal: «Presencí yo en Graus sus últimos momentos [los de Costa] que fueron por demás emocionantes. Entonces se disputaron su cadáver Madrid y Zaragoza. El gobierno de Canalejas quería enterrar a Costa en el Panteón de Hombres Ilustres porque no se atrevía a privar de ese honor a Costa y de esa satisfacción a las izquierdas, pero al mismo tiempo temía que el acto diera lugar a una imponente manifestación republicana en Madrid; por eso consintieron las autoridades que el pueblo de Zaragoza detuviera el tren que conducía el féretro y se apoderase de éste. El gobierno manifestaba su desagrado, pero ocultamente enviaba telegramas (que yo he visto) a sus agentes y adeptos encargándoles que hicieran lo posible porque el cadáver no llegara a Madrid. Y no llegó» (p. 168).

²² Proyecto que Dionisio Lasuén intentó adaptar de modo que, sin dejar de ser digno y grandioso, pudiera ser realizable («El sepulcro de Costa», *Heraldo de Aragón*, 12-II-1911).

después, una carta de Tomás Costa al director del periódico lamentaba el desafortunado momento «en que fue forzada mi inclinación y mi deseo» y aquella aciaga parada de la comitiva fúnebre en la estación del Norte, con la macabra odisea del cadáver de su hermano desde uno al otro lado del Ebro». Y, pese a mostrar agradecimiento a la ciudad, anunciaba que iba a emprender las gestiones necesarias para llevarlo a Madrid.

Los cachorros del León sitúa los violentos acontecimientos del cementerio de Torrero en 1914, es decir, durante la conmemoración del tercer aniversario de la muerte de Costa, pero el episodio está inspirado en la ceremonia de colocación de la primera piedra del mausoleo, en la tarde del 12 de febrero de 1912, año que precisamente figura en el pie de imprenta de la novela. Si no hubo vapuleos y descalabros, sí amenazas, gritos airados, empujones y golpes contra los muchos invitados al acto «que representaban el régimen político contra el que Costa luchó». La tensión subió de tono hasta el punto de que, según el periódico, estuvo a punto de suceder un «choque sangriento». Los gritos de «Fuera», «Farsantes», o «Costa no necesita quien le bendiga» aceleraron la finalización del acto y ahogaron la autocomplaciente retórica de los próceres de la región.²³

Los cachorros del León, en suma, presenta el mismo mundo escindido de las novelas regeneracionistas anteriores, avalado por el patrón de escritura beligerante o «tendenciosa» que Pérez Galdós acuñó en sus primeras obras. Se trata de una novela en la que todos sus ingredientes narrativos se pliegan a la tesis o lección ideológica cuya solución el novelista tiene prevista de antemano. En ella, la «demostración» de una verdad ideológica preconcebida se impone sobre la individualización de personajes y de espacios, ya que lo único que importa es la lección que se quiere impartir. Por eso, como en la *Doña Perfecta* o la *Gloria* galdosianas, los nombres de las ciudades son abstractos, aunque la coherencia con la inmediatez testimonial y casi periodística exige en este caso que los personajes y los espacios de la historia sean reconocibles. Así, Costa agoniza en Gradás (Graus), localidad de la provincia de Hoscabe (Huesca), ciudad de la región de Alacón cuya capital es Farsala (Zaragoza), de menor entidad que otras ciudades de Hesperia (España), como Ferrópolis (Bilbao) o Barcino (Barcelona). Ríos y montes están sometidos también a esa desrealización alegórica (Iberus, Pirene, Monte Cayo).

Reconocibles por el lector son también los personajes y representantes de la política madrileña y regional. Todos ellos son objeto de un tratamiento alegórico con una finalidad en algunos casos caricaturesca y ridiculizadora: Baltasar de Tigris (Basilio de Paraíso, una de las tres cabezas de la Liga Nacional de Productores, junto con el vallisoletano Santiago Alba y el propio Costa), Jesús Canillejas (José Canalejas, presidente a la sazón del gobierno liberal), etcétera. Entre los

²³ «Lo sucedido ayer en Torrero», *Heraldo de Aragón*, 13-II-1912.

personajes amigos se encuentra Miguel de Calanda (el periodista zaragozano Mariano de Cavia, cuyos artículos en la prensa madrileña llamaron periódicamente la atención sobre el abandono y el deterioro físico de Costa en los últimos días de su vida y el olvido posterior de su figura), su hermano Tomás Costa (Mamés en la novela) o Mario Escós, su amigo Manuel Bescós Almudévar.

La tesis que defiende García Mercadal en su novela es doble: de una parte, desarrolla todo el repertorio de tópicos presentes en la literatura regeneracionista para fustigar los males y la decadencia del país; de otra, narra los últimos días de Costa para oponer su eficacia redentora —y la de los nuevos Costas que sigan su estela— a la inoperancia de la política y a la ignorancia y la incuria del pueblo.

En esta novela, los políticos están representados, casi con exclusividad, por los liberales, aludidos como los «rojos». Aunque el color era lo de menos pues, como denunciaban las prédicas regeneracionistas, los dos partidos que asumieron «por turno» el poder a lo largo de la Restauración desarrollaron unas perversiones políticas similares que fueron todavía más flagrantes en sus extensiones provinciales y locales. De ahí que lo que se ventila en *Los cachorros del León* es la apología del apoliticismo, que Costa predicó con el ejemplo de su efímero paso por la política.²⁴ Despreciaba a los políticos contemporáneos —«tornasolados», como los del tiempo de Larra— por su incapacidad para poner remedio a los problemas nacionales de una España recién salida de la Semana Trágica, miserable y empobrecida que, sin haber olvidado el Desastre, sobrevivía con varios frentes abiertos: entre ellos, el de las revueltas obreras en Barcelona, Bilbao, Zaragoza y otras ciudades, o la dolorosa sangría africana.²⁵

²⁴ La irrupción de Costa en la arena política —bajo las siglas de la Unión Republicana, unificada por Nicolás Salmerón— lo llevó a las Cortes por Gerona, Zaragoza y Madrid. Comenzó en 1903 y finalizó en 1906 (aunque en 1904 ya había presentado su dimisión ante los dirigentes del partido). Profesó siempre un combativo «apoliticismo» proclamado con frecuencia desde distintas tribunas: «Desde 1903 no he tenido ocasión de rectificarme. No he reconocido nunca en los hombres que nos gobiernan derecho para ello. Me nombrasteis diputado [en 1903 y en 1905 por Zaragoza, «por propia iniciativa y sin el apoyo de un cacique o gobernador], pero yo no lo he sido jamás de hecho y de esa manera no tuve necesidad, ni aun en broma, de prometer respeto a unos deberes que según los mismos Cánovas y Maura, no son la genuina representación del pueblo» (*Heraldo de Aragón*, 10-II-1911). Para Carlos Forcadell, este breve paso por la política activa «constituye una etapa fundamental en su biografía, porque es ahora cuando convierte sus ideas, sus análisis y elaboraciones doctrinales sobre la dirección de los asuntos públicos, sus convicciones y sus críticas, en programas políticos y en empresas nacionales, que han de ser trasladadas al conocimiento general». (En Ignacio Peiró Martín, dir., *Joaquín Costa. El fabricante de ideas*, Zaragoza, Vicerrectorado de Proyección Cultural y Social, Sociedad Estatal de Acción Cultural, Gobierno de Aragón, 2011, p. 100).

De todos modos, nadie acertó a describir el caciquismo de un modo tan preciso como el periodista Antonio Aparicio Porcal, en dos impagables capítulos —«El cacique rojo» y «El cacique negro»— de su libro *Pajaracos y gorrionas* (1882) y la similitud de comportamientos del cacicato rural en cualquiera de sus variedades cromáticas.

²⁵ García Mercadal condensa en el capítulo séptimo de su novela («Los obreros gritan y los rojos se despiertan») estos nuevos «males de la Patria» que sirven de telón de fondo a los últimos años de soledad del enfermo León grausino.

La dedicatoria que figura al frente de *Los cachorros del León* es ya en sí misma quintaesencia de todo un programa de regeneracionismo interior de resonancias krausistas:

A cuantos hombres sinceros lean estas páginas, a cuantos sepan mantener sus ideas políticas, sean las que fueren, lejos de la lepra personalista que tantas inteligencias corroe, a cuantos admiren sin envidia y juzguen sin pasión y opinen por encima de su interés y lejos de su egoísmo, dedicado va este libro con toda simpatía y con toda fraternidad.

Pero el joven escritor zaragozano aspiraba a metas más ambiciosas. Publicada al año siguiente de la desaparición del superhombre de Graus, la novela pretendía ser un acto de reparación de su excelsa figura. Adelantándose en muchas décadas a los planteamientos del *New Journalism* norteamericano, la crónica mercadaliana se sitúa entre la realidad y la ficción. Se acoge al género novelesco para narrar de modo pormenorizado unos hechos mezquinos e indignos de los merecimientos de Costa. Pero el resultado es más una novela que una crónica: una obra testimonial e incluso «tendenciosa» y solo subsidiariamente documental o realista, dadas sus pretensiones de trascender la realidad a través de los caminos del mito y la utopía. El autor hace explícita esta mixtura de planos al reconocer que su novela se trata de una crónica, «solo a medias histórica». Afirmación que volverá a sostener al comienzo del capítulo final, al reconocer que «esta historia es solo a medias falsa».²⁶

Desde las primeras páginas, el León de Graus aparece revestido de los más altos títulos humanos y divinos, como únicamente han reunido en sus personas los contados hombres superiores o «representativos» que han descollado en la historia de la humanidad y que mostraban las galerías románticas *On Heroes* (1841), de Thomas Carlyle, y *Representative Men* (1850), de Ralph W. Emerson. La transposición del desierto bíblico a las sagradas y desoladas tierras monegrinas convertirá a Costa en un nuevo Moisés anunciando la nueva aurora y agitando desde el Sinaí la pasividad de un pueblo ignaro y ahído de malos políticos. Un nuevo Prometeo, en fin, con la voz rota y las entrañas desgarradas:

Él recogió la triste herencia de una patria que se desangraba en medio del arroyo, abandonada por sus hijos empavorecidos tras el Desastre; y tronó su voz como estallido estentóreo de la gran tormenta de su corazón y su cerebro, cargados de su dolor y pesadumbre con todas las desventuras de su Hesperia querida; y vibró en aquella la pretensión de alzar una leva de hombres honrados, de patriotas espíritus, almas viriles que arder supieran en holocausto de una idea, voluntades dispuestas al caudillaje de aquel fiero Prometeo desencadenado, en cuyas entrañas hundieran sus corvos picos los gerifaltes de las desventuras sociales, y en cuyo corazón ardía santo y magnánimo el deseo de redimir a Hesperia de una servidumbre odiada y combatida. La servidumbre política.²⁷

²⁶ Aclaraciones metafictivas que, salvando todas las inmensas distancias que haya que salvar, recuerdan la dialéctica entre relato real y realidad ficcional presente en las últimas novelas de Javier Cercas.

²⁷ *Los cachorros del León*, pp. 10-11.

Dicha semblanza inicial, que ocupa todo el primer capítulo, abunda en hiperbólicas protestas de admiración hacia el héroe grausino como caudillo, apóstol, Quijote, Moisés, cíclope o profeta, y de orgullo al descubrir en él al heredero de los valores más perdurables de la raza aragonesa. La sacralización sube de punto al equiparar las iniciales de Joaquín Costa con las de Jesucristo, como también la agonía de Costa acompañado de su hermana y de dos o tres amigos parece una réplica de las últimas horas de Cristo en la cruz.

En las gigantescas proporciones de su carácter, todas las virtudes y cualidades encuentran albergue. Como se leía en una vigorosa alegoría mercadaliana, Costa había nacido de la elementalidad cósmica de su sagrada tierra aragonesa, y seguía fundido con ella: con la sequedad de espíritu de los cabezos pelados, la noble franqueza y la llanura de sus vegas... Era, en suma, «el paisaje aragonés hecho carne, lo seco, austero y rígido de los descampados, la rudeza y altiva independencia de sus sierras, la rebelde impetuosidad de sus ríos acrecidos por los deshielos... Su humanidad (todo corazón, como desvela su nombre novelesco —Juan Corazón—), sus pupilas fulgurantes por los resplandores del incendio interior, su voz de Júpiter tonante o sus trenos de Isaías.

García Mercadal recurre a una serie de metonimias de naturaleza hiperbólica para enfatizar los registros de «aquel borbotante fluir de la pedagogía redentora del Maestro» y sus efectos en los oídos de una «generación encanijada», que vegetaba en una «tranquilidad de desierto abisinio o, mejor aún, de moscovita estepa»: «En su apostolado, y después de tronar iracundo y violento, colérico y altivo, siendo el verbo elocuente de la verdad, sabía infantilizar su espíritu y hablar a los hombres como si fuesen niños, perfumando sus palabras con los aromas de la piedad y robusteciéndolas con el vigor augusto de la justicia, sentimientos ambos que dominaron su vida y su obra».²⁸

Etopeyas de tan elevados y vibrantes registros definen la vehemencia del joven García Mercadal al escribir *Los cachorros del León* para desagaviar a Costa del olvido en que había quedado sumida su excelsa figura a poco de su muerte. Muchos de esos ditirambos eran habituales en la prensa de la época, especialmente en la más sensible a los mesiánicos desahogos de la utopía regeneracionista. García Mercadal los reunió en su novela para levantar con ellos su particular mausoleo de tinta al Grande Hombre de Graus, a modo de homenaje perdurable que compensara la cicatería y la indiferencia de la propia tierra que guardaba sus cenizas.

²⁸ *Ibid.*, p. 11. Sobre la exaltación de la figura del Grande Hombre de Graus, cfr., entre otros, Carlos Serrano Lacarra, «Tratamiento, interpretaciones y mitificación de la figura y obra de Joaquín Costa», y José Domingo Dueñas Lorente: «Notas sobre la interpretación mesiánica de la figura y obra de Joaquín Costa», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 13 (1996), pp. 313-359, y 14 (1997), pp. 97-122, respectivamente.